

ciones, que no será el traje talar el que manche sus orlas con los limos de la rota. Ese abate es un dios. El pueblo lo pasea en un glorioso palanquín de Rajah. Para él guardan todos los pebeteros el sándalo de sus alabanzas. Y los herborizantes desdennan el bosque selvático y erizado de violencias del salvaje rey lírico, por andar entre las sendas correctas y entre los recortes armónicos de los facticios jardines del abate. Ya ves que para esta gente, lo fuerte es desabrido. Esta noche vais conmigo al teatro. Allí las calvas académicas, espejeando bajo el gas, fingen glorificantes nimbos, y las rugosas caras ilusionan de genios. En el teatro impera totalmente la Academia.

* ** *

Por la noche, al teatro. Veo, en sendas butacas de Apolos académicos, con sus estros de alcorque, al viejo Legouvé, á Raynouard, á Tony, á Brifaut, á tantos murguistas de la escena!..... Sentí desolada el alma. La idea de las pampas con su sol de chamuscas, y la nostalgia de las altas verduras, cayeron en mi espíritu. Y pensé en lo inexplicable. ¿Era posible que tal pueblo, como un becerro idiota, gozase con la succión inútil en esas ubres de muerta? Frente á la estepa el bosque virgen. ¡Arnault ante Chateaubriand! ¡Qué blasfemia!

* ** *

Dejé el lecho á filo de alba. El efebo se acercó á despertarme. Ibamos ya á visitar el punto céntrico del gran circuito romántico, allí donde la nueva doctrina ha levantado sus lábaros con las magnificencias del triunfo. Por Fin!..... Quiero ver á los dioses, á las hogueras madres, en las fulguraciones del Olimpo! Aunque ciego ó muera consunto por sus rayos! Vale más que una vida, morir como Semele, ahogado en gloria!

* ** *

Llegamos.

Allí ningún salón culterano. En vez de las *preciosas*, la hembra ardiente, que muere de el beso como una roja granada.

Yo.

—Llevadme al coliseo.

EL EFEBO.

—Allí, lo mismo. Todo es nuevo. La sombra clásica desapareció hasta en el teatro. Ese fué su último baluarte. Y también cayó! Y cuando allí perdieron la batalla, el rey caduco arrió en todos sus fuertes el triste pabellón de tonos mustios. Verás cómo fuetéa en el asta la roja flámula triunfante, y cómo en el escudo heráldico de los cruzados es *hierro* la divisa escrita en caracteres sangrientos.

* ** *

Caminamos ansiosos con rumbo al coliseo. Era la hora de Vésper. Un joven de téz pálida, casi transparente, como una piel hecha de binza, de ojos que se ponen en la tarde de una gran melancolía, y de cabellera de rey franco, hallábase á la puerta, arrecostado á un muro, labrando con el cincel de sus ojos imaginativos la ideal escultura de una ninfa en la arcilla flotante de una nube.

EL EFEBO.

—A juzgar por las trazas, éste debe de haber actuado en la gran lucha. Su postura nostálgica, sus pupilas crepusculares y su clorosis liliál, nuncios son de esta letal dolencia que germina en los nuevos y que será la muerte de la raza. Ese chico es una víctima del *mal del siglo*.

Se encamina hacia el joven, en cuya faz de ultratumba pone el sol moribundo un leve rosa reflejo.